



Paisajes
del Iceberg

Juan Jesús
Aznar

Calligraf

Poesía

Paisajes del Iceberg

Juan Jesús Aznar

Paisajes
del Iceberg

Juan Jesús
Aznar

Calligraf

Poesía

Paisajes del Iceberg

Juan Jesús Aznar

Edicions Cal·lígraf

Figueres, 2022

Primera edición — enero de 2022

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL

Monturiol, 2, 1r 1a

17600 Figueres

Tel. (0034) 615 261 764

www.edicionscalligraf.com

info@edicionscalligraf.com

Maquetación

Plàcid Busquets

Imagen de cubierta

Jordi Cassú

Impresión

DC Plus, Serveis Editorials

ISBN

978-84-124592-4-1

Depósito legal

GI 44-2022

© del texto

Juan Jesús Aznar del Águila

© de la fotografía de cubierta

Jordi Cassú

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático. Las infracciones de estos derechos están sometidas a las sanciones establecidas en las leyes.

*Para Anna, luz de mis días,
compañera, amiga y esposa*

Índice

PRÓLOGO	
de Lluís Freixas	15
ICEBERG	23
Prefacio	27
Insomnio	29
Iceberg	
I	31
II	32
III	33
IV	34
Abecedario	35
Palabra	36
Fuga	37
Página	38
Nada	39
Definición	40
Réquiem	41
Diálogo	42

Café	43
Paisaje	44
Enero	45
Vuelto a tu claridad	46
Otoño	45
Reflexión	48
Manos	49
Mayo	50
Luz	51
Impresión	52
Fiebre	53
Ser	
I	54
II	55
III	56
IV	57
V	58
VI	59
Felicidad	60
Epílogo	61
PAISAJES	63
Prefacio	67
Paisaje inicial	71
Subterráneo	73
Paisaje del agua	75
Nocturno	76
El paisaje de tu mirada	77
Pintar	78
Exilio	79
Padre	80

Paisaje neuronal	81
Sombra	82
Bilgeray	84
Tristeza	85
Paisaje en el tiempo	86
Para un hombre roto	87
Baldío	88
Obsolescencia	89
En blanco	90
Uno	91
Agonía	92
Geografía	93
Siempre	94

Prólogo

Tras el libro que el lector tiene en las manos hay una larga, larga historia, una historia de décadas. Es un libro que no quería ser libro, aunque eso ya lo aclararemos en su momento porqué deberíamos empezar por el principio. Por ello, si el lector me lo permite, voy a esbozar, en primer lugar, esta historia del libro que no tenía que ser y al final fue, y, en segundo lugar, como corresponde al prologuista, intentaré trazar algunos indicios de la poética que, a mi parecer, naturalmente subjetivo y cuestionable, mueve la poesía de Juan Jesús Aznar.

Hace algunos años, en 2017, el número cuatro de la revista *Encesa Literària* publicó una breve selección de media docena de los poemas incluidos en esta edición. Eran textos técnicamente inéditos, puesto que no habían sido reproducidos nunca en letra de molde ni en forma de libro, y solo habían conocido impresiones domésticas (aunque este extremo también deberemos matizarlo más adelante). Los poemas eran conocidos, por tanto, sólo por un círculo de amigos y conocidos, quizás no

exclusivamente íntimo, pero sí restringido el círculo de unos pocos, pero felices pocos, a quién el propio poeta había regalado su obra. Y vamos al matiz anunciado: los poemas despertaron un vivo interés entre muchos lectores, pero uno requiere una mención especial: el artista Daniel Lleixà, que encontró en una *suite* de seis poemas titulados *Ser el acicate* para crear un libro de artista, del que existen diez únicos ejemplares y contienen dieciséis grabados basados en este texto. Un trabajo de dos años que devino posteriormente exposición y se pudo visitar en Figueres y en Girona. Fue la primera etapa pública de esta obra, más allá del círculo de relaciones personales del poeta, aunque posiblemente sería más preciso referirnos a un círculo de afinidades artísticas e intelectuales.

La segunda etapa de la vida pública de la poesía del autor llegaría, con mayor discreción, cinco o seis años más tarde con la publicación de la breve antología ya mencionada en *Encesa Literària*, una revista excelente que él mismo dirigió y que ha cerrado recientemente su ciclo vital después de cinco años de trayectoria y diez números publicados. Una enorme pérdida, y más en este presente plomizo que no nos permite saber a dónde vamos pero que no ha logrado robarnos la convicción de que la cultura es una necesidad vital para hallar salidas.

En este momento quizás cabe la necesidad de aclarar que este libro contiene, en realidad, dos libros: *Iceberg* y *Paisajes*, unidos aunque no revueltos en este volumen único de Edicions Cal·lígraf, pero fundidos en el título: *Paisajes del Iceberg*. La selección que en su momento se publicó fue tan arbitraria como lo son todas

y difícilmente representativa a causa de la brevedad que imponía criterios ineludibles y lógicos del formato de la publicación. Pero volvamos a la paradoja anunciada al inicio de este texto, la paradoja del libro que no quería ser libro. El poeta afirmaba en el prefacio de su primer poemario que *Iceberg* había nacido «para pasar de mano en mano entre los seres con los que convivo. Hombres y mujeres que conozco y saben de mí; seres humanos buscadores de palabras y sentimientos que conjugan en el día a día la hermosa aventura de ser» para añadir, citando a Jorge Guillen, que ser «es la absoluta dicha». En el mismo párrafo declara una convicción y un deseo: «No hay en *Iceberg* ninguna palabra que no quisiera escribir. Y, sin embargo, sé —y ese es mi deseo— que *Iceberg* nunca verá la luz en forma de libro.» Afortunadamente cambió de opinión.

El primer poemario le llevó al autor siete años de escritura, según revela en el prefacio del original que él mismo hizo circular, y que se reproduce en esta edición. Entre *Iceberg* y el segundo poemario, *Paisajes*, transcurren un par de décadas —año más, año menos— según declara también en el correspondiente prefacio, igualmente incluido en esta edición y fechado en 2013. Sumen. Son, como mínimo, treinta años de escritura, de poesía, porque mientras tanto nuestro poeta ha escrito en la mayoría de géneros y formas de la prosa: periodismo informativo, articulismo de opinión, divulgación científica, guion televisivo o cinematográfico... Y treinta años para dos poemarios significan un largo período de destilación, decantación, condensación... Como cada quién prefiera definirlo. En todo caso, la poesía de Juan

Jesús Aznar tiende a lo esencial, como pedía León Felipe en estos versos que, por cierto, no siguen al pie de la letra su propio consejo:

Deshaced ese verso,
quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si queda algo todavía,
eso
será la poesía.

Quizás repetiré algo que ya escribí en su momento, pero, como bien sabía el maestro Antonio Machado, la verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés, y me acojo a su autoridad. Emily Dickinson afirmó que no es poeta quien publica si no quien escribe. ¿A alguien se le ocurriría negar la consideración de escritor a Kafka? Sin embargo, Kafka publicó poco y con éxito escaso en vida. Afortunadamente, su amigo y albacea Max Brod no cumplió el deseo del escritor de librar a las llamas todos sus manuscritos. La condición de poeta, es evidente, no se adquiere por el hecho de publicar, sino por el hecho de escribir, y de hacerlo con rigor y buenos resultados. En el caso que nos ocupa, Aznar puede ser un poeta debutante en el mundo editorial, pero en ningún caso un poeta debutante.

La distancia temporal entre el primer y el segundo poemario justifica el cambio de voz que se constata entre uno y otro, pero ambos tienen elementos comunes. Si en

Iceberg —como da a entender el título— la mirada es introspectiva (hay más materia escondida que visible), en *Paisajes* la mirada es aparentemente exterior, pero por poco que nos acerquemos con detenimiento a los poemas, veremos que el paisaje observado acaba siendo también interior, no sólo un eco de la voz del poeta o un pretexto para que el poeta hable, sino un reflejo en el espejo, casi una interpretación. En el fondo, como dice el tópico en la crítica de arte, incluso un paisaje es una forma de autorretrato puesto que implica inevitablemente una mirada y, en consecuencia, una individualidad expuesta ante el espectador o el lector.

La diversidad de intereses y registros que impulsan la escritura son evidentes en los poemas que tienen también el eco de muchas lecturas —otra forma de experiencia, y no menor— tanto de nombres fundamentales de la literatura como de la cultura popular o de la ciencia, y un punto de humor. Algunos poemas tienen un carácter existencial y aluden a la naturaleza íntima del hombre, al ser desnudo, más allá de sus actos y de sus posesiones, de su alma y de sus afectos. De ahí que uno de los epígrafes sea una cita de Pedro Salinas:

Para vivir no quiero
 islas, palacios, torres.
 ¡Qué alegría más alta:
 vivir en los pronombres:

Vivir en los pronombres, claro: tú, yo, nosotros... desnudos literal y metafóricamente.

Hemos dicho alma y deberíamos subrayar que

esta alma quizás no sea inmortal y quizás muera con el cuerpo. Aunque en términos generales la poesía aznariana es reflexiva y existencial y puede parecernos en ocasiones dura, («ya no me quedan lágrimas / en las cuencas de los ojos»), con un profundo sentido trágico de la existencia incluso cuando plasma la vida cotidiana («se arrastra la vida por los andenes ...»), una poesía que se interroga («Soy el que busca su nombre en las esquinas / o el murmullo de una ola») se produce una paradoja. Por los mismos motivos es una poesía vitalista, que exalta el sentido de la vida por sí misma. Aznar no se pregunta para que sirve vivir. La certeza de la muerte, del fracaso, del dolor («tardaré mil siglos en llegar al final de este dolor, / que viste a la luna de azul») no le exime del vitalismo, al contrario, le refuerza en la idea de que la vida sirve para vivirla igual que la rosa es bella sin un porqué.

En este sentido, el humor se hace presente también en algunos poemas, a menudo de forma tangencial, veladamente, como cuando escribe para cerrar un poema nada humorístico un verso como: «aunque, Dios esté de vacaciones.» En menor medida, algunos poemas se prestan más al juego verbal y escapan de la concisión que parece el marchamo de esta poesía y se presentan como juegos líricos, que permiten al lector una cierta distensión ante la mayoría de poemas cuya construcción es aparentemente desnuda, austera y esencial, incluso parca, como quien escoge palabras estrictamente significativas y renuncia a cualquier tentación de barroquismo. Entonces sorprende el tono

de otros poemas más expansivos, con más riqueza de imágenes y enumerativos.

Cuando soñaba que Colón y los hermanos Pinzón
Llegaban a la Luna en patinete
Antes que Aldrin Armstrong y Collins cumplieran su
[proeza
Viajé a otros mundos
A las lejanas galaxias de los sueños (...)

Pero también a menudo en estos pocos remansos de humor las expectativas de felicidad acostumbran a truncarse en un giro inesperado como cuanto completa el poema anterior:

Cuando me perdí en la antimateria de los obligados
[días de la rutina
Una nebulosa gris y sin entrañas
Me hizo olvidar el agua clara de la vida.

Finalmente, y no es una cuestión menor, la poesía del autor nos remite a sus poetas. No es necesario para el lector reconocer las citas, los guiños y los préstamos, pero los hay y lo hay a menudo. Ello solo contribuye a dar mayor riqueza al texto como cuando en la expresión «naturaleza fieramente humana» para referirse al Empordà uno intuye un eco del Ángel fieramente humano de Blas de Otero, aunque pueda tratarse de mero azar, y —ya lo dije en su día, pero debo repetirlo— a veces incluso con la posibilidad de equívocos y de ambigüedades posiblemente calculadas: cuando escribe «para que

no habite el olvido», ¿cita a Gustavo Adolfo Bécquer, a Luis Cernuda o, simplemente, a Joaquín Sabina? Tanto da. A mí me gusta pensar que los cita a los tres y que, además, lo tiene muy presente. Quizás, como me dijo recientemente el mismo poeta, estas citas no son de nadie porque aluden a versos que ya son de todos.

LLUÍS FREIXAS

Poeta, escritor, periodista y gestor cultural

Iceberg

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Ser, nada más. Y basta.
Es la absoluta dicha.

JORGE GUILLÉN

Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres.

PEDRO SALINAS

Prefacio

Lector, los poemas que ahora tienes en tu mano son el fruto de siete años de escritura. No hay en *Iceberg* ninguna palabra que no quisiera escribir. Y, sin embargo, sé —y ese es mi deseo— que *Iceberg* nunca verá la luz en forma de libro.

Iceberg ha nacido para pasar de mano en mano entre los seres con los que convivo. Hombres y mujeres que conozco y saben de mí; seres humanos buscadores de palabras y sentimientos que conjugan en el día a día la hermosa aventura de ser: *es la absoluta dicha*.

Estos poemas son hijos del insomnio y de mi propia vida. Con ellos he querido recuperar a los seres azules de mi infancia, el sabor de la conversación, la búsqueda del yo profundo, el dolor del amor que nos deja, la alegría del amor que nos retoma y el hallazgo de un ser que se sabe en los demás.

Si en el párrafo anterior he expuesto el hilo conductor del poemario, ahora, quiero hacer especial mención a dos chascarrillos fuera de contexto.

Parece una contradicción que un libro que no va a ser publicado pase de mano en mano de manera clandestina. ¡Quizás! Pero hay una explicación bien sencilla y que contaré con una anécdota: Un día dejé leer estos poemas a un crítico literario. Los ensalzó. Me dio tanto miedo que pasé dos años sin hablar de *Iceberg*. Pasado ese tiempo, un escritor que leyó el poemario me dio la dirección de una editorial de poesía; en ella, una señora me dijo que, si no me presentaba a un concurso de poesía, tardarían cinco años en publicarlo; por ello, decidí que *Iceberg* fuera un libro clandestino.

Tengo otra anécdota: di *Iceberg* a un joven poeta. Él, días después, vino con unas notas extraídas de la lectura de los poemas. Las discutimos. Pero, yo me iba desesperando por momentos. Me daban igual sus elogios y, sinceramente, me daban igual sus pequeñas y tímidas críticas... Desesperado, estaba decidido a enterrar en la memoria del ordenador los poemas de *Iceberg*; entonces, ocurrió el milagro. Mi joven amigo, poeta, me confesó que cuando acabó de leer el poema «Ser» comenzó a escribir unos versos. En ese momento, en ese instante, el trabajo de siete años no era ceniza y tenía sentido.

Por último, en *Iceberg* está mi ser, lo que soy, o mejor, esa parte del ser mío del que estoy más contento: ese ser sin adjetivos, sin profesión, sin ningún abalorio que adorne su persona; simplemente, a través de las palabras, se expresa y se muestra un hombre que ama la vida y la hermosa aventura de vivir.

Insomnio

¡Silencio!

—Mirar las estrellas—

Insomnio. Y digo luna
rumor de ola lejana
Párpados cansados
triste noche.

—Cigarrillo apagado entre los labios—

Insomnio. Y digo amor
Blanco
Puro
Tu nombre.

Insomnio. Y digo lamento
Sonrisa
Llanto
Dulzura.

¡Silencio!

Insomnio. Y digo agua cristalina
Paz
Iceberg.
Insomnio. Y digo pluma

Quimera
Pensamiento

Realidad
¡Silencio!
—Ocaso de los sueños—

Iceberg

I

Ojos envueltos en mí
Subconsciente
Arpa interior
Iceberg
Acrópolis aventurera
Buscadora de Ankh
De duendes
Y de los elfos.
¡Déjame el sustento del rayo poderoso!
Aplicarme el carbono catorce. Quiero saber
 [la antigüedad de la memoria.
Astros interiores de ataraxia
Buscadores de la luz.
¡Danza mi memoria en la mirada vuelta!
La alegría lo invade todo:
Plenitud desconocida
Vida entre la vida
¡Sustento!
Viaje al ángulo virginal del hombre
—Iceberg—